

Me han asesinado

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *I Was Murdered*

En cubierta: ilustración © rawpixel

© Gertrude Mary Wilson, 1957

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-70-7

Depósito legal: M-13.825-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

G.M. Wilson

ME HAN ASESINADO

Traducción del inglés de
Natalia Zarco

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

La casita de campo no estaba nada mal. Se encontraba en total soledad, y la parte trasera daba al río. Así la vio la señorita Purdy la primera vez: una casita blanca completamente aislada, con el río fluyendo tranquilo justo detrás y la brisa de mediodía cargada con el aroma de la reina de los prados. Un extraño silencio se imponía en el lugar, pero tenía connotaciones siniestras, algo que supo de inmediato. Era como una sensación de suspense, de incertidumbre, casi de espera, y la percibió nada más llegar, cuando se detuvo, pensativa, con la mano en el cerrojo de la deteriorada verja blanca.

Waterside Cottage.

El nombre le gustaba. Era corriente y despojado de toda fantasía; sin embargo, de alguna forma era agradable. A ella le gustaban las cosas directas, y Waterside Cottage era exactamente lo que anunciaba, ni más ni menos.

En apariencia no era una casa con encanto, pero tenía carácter. Sí, de eso estaba segura. De repente, se le pasó por la cabeza una idea que parecía haber salido del suelo como un árbol. ¿Cuántos años podía tener? El agente inmobiliario no se había pronunciado al respecto, pero ella pensó que, como mínimo, tenía un siglo, y que llevaba un buen tiempo olvidada. La reina de los prados crecía frondosa entre el herbazal que alguna vez fue una pequeña pradera, y las rosas trepaban desordenadas por el pórtico en ruinas. Las paredes encaladas estaban manchadas de verde, y el tejado de paja tenía un aspecto bastante descuidado, como si hubiera estado expuesto al sol demasiado tiempo. Una de las contraventanas estaba rota.

—Como verá, la casa necesita algunas reparaciones —le había explicado el agente de la inmobiliaria en tono de disculpa—. Lleva desocupada desde enero, como sabe. Queda un poco apartada para visitantes de paso, y además el tramo de río al que da es privado, por lo que, al menos, no la molestará el ruido de las embarcaciones a motor. En esa parte, el río es propiedad de la casona, la residencia señorial que verá en la otra orilla, pero de todas formas usted tiene derecho a un permiso de pesca.

—Yo no pesco —respondió la señorita Purdy, invadida por la repentina sensación de que sus caros estudios fueran de algún modo un inconveniente.

Pero el señor Capper era un hombre amable. Creía que el mundo es hermoso precisamente por ser variopinto.

—Tendría también permiso de navegación; tenga en cuenta que la casa dispone de una pequeña chalupa. En fin, como le decía, le vendría bien algún arreglo, pero de cara al verano no habrá ningún problema. El tejado resiste perfectamente la intemperie, se lo aseguro. Y, estará de acuerdo conmigo, el precio del alquiler es ridículo.

La señorita Purdy no pudo más que estar de acuerdo, e incluso preguntó por qué el precio era tan barato.

—Bueno, para empezar, el alquiler va a ser solo de tres meses, ¿no?

Ella asintió.

—Con la opción de prolongarlo.

—Exacto. Por eso no podemos pedirle a usted una fortuna como haríamos con los turistas ocasionales —dijo el señor Capper en tono chistoso—. Además, tenga presente que no se puede juzgar Norfolk con los parámetros londinenses. Con lo que cuesta un alquiler al mes allí, aquí podría pagar, al menos durante un año, el precio de la mayor parte de las casas, aunque en este caso no me refiero a los excursionistas de paso.

—Pero incluso teniendo todo eso en cuenta...

Ella habría jurado, de tener la costumbre de hacerlo, que el señor Capper había mostrado una extraña expresión, como de alarma.

—Bueno, en parte tiene que ver con la excentricidad de la propietaria, ¿sabe? Una señora ya anciana con un pie en la tumba. No necesita el dinero, y al fin y al cabo todo lo que gana acaba en una especie de hospicio para gatos. Por eso no le preocupa demasiado que su vieja casa se quede vacía o se caiga a pedazos. Lo que me recuerda que la señora no asumirá el gasto de ninguna reparación. Si tiene que hacer cualquier arreglo, será por cuenta suya, ¿queda claro?

—Por supuesto, pero de esa manera quizá el precio no resulte tan bajo —sugirió la señorita Purdy.

El señor Capper se echó a reír con ganas.

—Veo que le gusta bromear, señorita. Quizá no, pero le doy mi palabra de que en esa casa no encontrará nada estructuralmente inestable. En fin, supongo que está interesada en verla. Puedo acompañarla ahora mismo, si quiere. Deme un momento para recoger estos papeles y luego...

—Gracias, pero preferiría verla sola, si no le molesta. Así me será más fácil tomar una decisión.

Le pareció que el hombre dudaba.

—Pero son ocho millas, señorita, y los autobuses llegan solo hasta el pueblo.

—Tengo mi coche ahí fuera.

Por la ventana, el hombre vio aparcado enfrente un biplaza de aspecto modesto de los años treinta. La luz del sol incidía en la pintura azul del coche, un poco desconchada, y en las aguas tranquilas del Wrexley Broad al fondo.

—Muy bien, señorita, aquí tiene las llaves. Coja la carretera por Liddon y...

Le completó las indicaciones con un plano rudimentario que se puso a garabatear allí mismo.

—Liddon es el pueblo más cercano —le explicó—, pero aun así se encuentra a una distancia considerable, a poco más

de una milla de la casa. No obstante, si lo que usted busca es tranquilidad...

—Exactamente eso.

—Pues entonces en Waterside Cottage la encontrará.

Tranquilidad...

Sí, el lugar era insólitamente tranquilo. De nuevo experimentó esa sensación mientras abría la verja y recorría el sendero de piedra cubierto de hierba crecida. Ese silencio cargado de expectación... Nunca se habría descrito como una persona fantasiosa, pero tenía la extraña convicción de que la casa se alegraba de verla. Por un instante contuvo el aliento, como si temiera dejar pasar la oportunidad sin más, pero enseguida una ligera brisa, que parecía un suspiro de alivio, le acarició el rostro levantándole un mechón de pelo gris. La duda pasó de largo y ella siguió avanzando.

—¡Dios mío! —exclamó en voz alta parándose de golpe—. ¿Qué más tonterías me pasarán por la cabeza en los próximos minutos?

La casa se alegraba de verla, ¡claro que sí!

La imaginación era vital para una escritora como ella, y le estaba dando de comer desde hacía años, pero si la iba a dejar galopar libremente mejor haberse quedado en Putney, con nueva novela o sin ella. Trató de controlarse y siguió adelante por el sendero. Tendría que arrancar las malas hierbas, claro, y quizá habría que pedir ayuda a algún jardinero de Liddon. Había que arreglar también las rosas y la clemátide púrpura, casi asfixiada por otras plantas, pero esas eran cosas que podía hacer ella. La pintura y el encalado, en cambio, eran otra historia. Sería caro para cualquier empresa enviar trabajadores tan lejos, y quizá ni siquiera valía la pena, a menos que ella así lo decidiera. Advirtió, con cierta sorpresa, que estaba haciendo planes como si ya hubiera decidido alquilar la casa esos tres meses.

Como no podía ser de otro modo, siguiendo el principio que afirma que un cobertizo es más elocuente que un salón, lo primero que hizo fue rodear toda la casa hasta la parte de atrás. La caseta de herramientas de Waterside Cottage parecía bastante ordenada, aunque estaba oscura, polvorienta y olía un poco mal. Pero claro, a quién le iba a extrañar llevando como llevaba tanto tiempo cerrada. Dejó la puerta abierta para que entrara el aire y la luz del sol, y vio con aprobación una variada cantidad de aperos de jardinería, incluido un cortacésped un poco oxidado que, pese a todo, parecía estar aún en servicio. Colgada de una viga del techo había una bicicleta de mujer también oxidada, que contempló con una aprobación aún mayor. Hacía mucho que no montaba, al menos treinta años: desde que, en efecto, renunció a recorrer el tramo de carretera diario para llegar a la escuela elemental en la que enseñaba y decidió dedicarse al trabajo que más le gustaba, escribir novelas policiacas. Como se suele decir, sin embargo, esa habilidad no se pierde nunca una vez adquirida, y en el fondo pensó que le gustaría volver a intentarlo y recorrer aquellas tranquilas carreteras. Algo que además sería de lo más sencillo. Ya disfrutaba con la imaginación su primer paseo.

De la caseta pasó al pequeño embarcadero, que era poco más que un tejado de paja en ruinas y dos muros que protegían un pavimento construido con tablones. Era no obstante lo bastante grande para albergar la deteriorada barca de remos guardada allí, llena de telarañas, hojas secas y... sí, un nido de pájaros ahora deshabitado; quizá de un petirrojo, a juzgar por su aspecto, pensó la señorita Purdy recordando sus viejas lecciones de historia natural. La luz bajo el voladizo era débil y solemne, y el agradable chapoteo del agua contra los palos cubiertos de ovas sonaba reconfortante...

Al salir de nuevo al cálido sol de julio, se acercó hasta la orilla y contempló el lado opuesto del río. El uso de aquel tramo de aguas estaba reservado exclusivamente a los propietarios de la casona, le había dicho el señor Capper. La señorita

Purdy no había vuelto a Norfolk desde su primera juventud, y las referencias a la zona significaban muy poco para ella. No sabía quién vivía en aquella gran residencia y tampoco cómo llegar allí, suponiendo que quisiera conocer a esas personas. Sin embargo, no era difícil discernir que los altos caminos más allá del bosquecillo de alisos de la margen opuesta pertenecían a aquella residencia. Alcanzaba a ver una barca y un muelle en buenas condiciones. Los ingleses llamaban a ese tipo de muelles *staithe*, a menos que ese nombre se refiriera exclusivamente a los embarcaderos de los pueblos reconocidos por las autoridades comunales.

El sentido común le decía que, pese a que Liddon Broad fuera un área privada y pareciera, a simple vista, sin salida, tenía que haber un paso. Amarrado al muelle había bote, y era raro que la gente de la casona tuviera una embarcación a motor tan veloz solo para recorrer arriba y abajo unos pocos metros de agua invadidos por las cañas. Y, por supuesto, también dudó de que ese tramo de río fuera navegable por una embarcación de ese calado, salvo en el estrecho canal marcado por palos y cadenas que llevaba del muelle a lo que parecía un remanso cerrado en el cañaveral, a su derecha. Allí, seguramente, las aguas se abrían. El canal se mantenía limpio de cañas y vegetación de forma que la embarcación pudiera pasar sin dificultad.

La señorita Purdy contuvo la respiración cuando de repente un gran somormujo con cresta salió lento y solemne del cañaveral y se le plantó delante con una cría entre las plumas del cuello. Era su primer avistamiento de un ave de ese tipo. Lo observó fascinada y al mismo tiempo temerosa de que la madre se alarmara por la posible caída de la cría. Pero al oírse un ruido lejano, el somormujo desapareció bajo el agua y reapareció poco después a una cierta distancia con su tierna carga aún aferrada a las plumas, nadando a toda prisa hacia su casa.

La señorita Purdy se echó a reír con ganas. Le iba a gustar este sitio. Al fin y al cabo, ¿qué más le podía pedir a la vida una

soltera que ya pasaba de los cincuenta? Una tumbona a la orilla del río y un libro, sus agujas de punto al alcance de la mano, o quizá incluso su máquina de escribir, y todo el encanto del espectáculo de la naturaleza ante sus ojos. Fue entonces cuando tuvo la sensación extraña e inquietante de que estaba siendo observada. Por alguien o algo, y con la misma intensidad con la que ella acababa de observar la aparición del somormujo. Le parecía que alguien, algo, estaba a su espalda. Se volvió de golpe, pero no vio a nadie salvo la ansiosa casita, que unos metros de exuberante hierba separaban del agua.

Ansiosa..., ¿por qué había pensado que la casa era ansiosa? Y por si fuera poco, que la mirara. Era una idea del todo fantástica, pero luego recordó la rara sensación de duda que había sentido mientras abría la verja, y la ligera brisa, como un suspiro de alivio, que se había levantado mientras recorría el sendero. De alguna forma, lo de ansiosa ya no le pareció tan raro. La casa quería que ella entrara. No quería que siguiera fuera perdiendo el tiempo. La llamaba con extremada claridad, como si pudiera hablarle.

La señorita Purdy sintió un primer y preciso escalofrío de miedo.

De tener un poco de sentido común, pensó a continuación, daría la vuelta sobre sus talones de inmediato y volvería a la agencia de Wrexley a decir que la casa no le interesaba. Cualquier excusa serviría: demasiado aislada, el entorno demasiado silencioso, demasiado cerca del agua, demasiado todo. Pero no se movió, y muy despacio, visiblemente, el conflicto de voluntad se fue convirtiendo en algo muy real. No había nada hostil en la casa. Es más, la casa le suplicaba con cierto matiz de desesperación. Como si necesitara compañía o buscara ayuda. «Entra, por favor. Te lo ruego, te lo ruego...».

Por fin echó a andar a trompicones, rígida, pensando que estaba comportándose de una forma ridícula: no por obedecer a la casa, sino por imaginar que hubiera algo a lo que obedecer. Ella, una maestra de escuela, una escritora de novelas policia-

cas de modesto éxito, una mujer de mundo (se podría decir), barajando esa serie de absurdas fantasías sobre esa pequeña casa un poco ruinoso y absolutamente ordinaria. Y sin embargo sentía un ligero miedo, no de la casa en sí, sino de... de...

¿De qué?

De nada, se dijo tratando de apelar a su sentido común. Y a continuación, respiró hondo, volvió a la puerta principal y metió la llave.

A fin de cuentas, solo es una casa. La tensión se desvaneció en cuanto puso un pie dentro.

La puerta se abrió directamente al salón, que a primera vista le pareció agradable. Olía a cerrado, claro, por lo que enseguida corrió las cortinas y abrió las ventanas. Luego se volvió a contemplar el espacio. Sí, era muy agradable, aunque un poco pequeño y con el techo bajo. La chimenea de ladrillo estaba entre un aparador empotrado a la izquierda y varias estanterías llenas de libros a la derecha. El reloj de péndulo, pensó, debía de ser muy antiguo. El aparador de oscura madera de roble había visto tiempos mejores, pero resultaba un fondo perfecto para el buen conjunto de cerámicas brillantes que tenía encima. La alfombra india, aunque descolorida, era aún lo bastante gruesa para contrarrestar el frío del suelo de piedra. El resto del mobiliario podía haber salido de cualquier respetable tienda de baratijas, pero no había nada en aquella habitación que una buena barrida y un buen fregado no pudieran resolver.

La otra estancia en esa planta era la cocina, casi tan grande como el salón y con una puerta de servicio que daba al río. Le gustó la mesa junto a la ventana, también con vistas al río, y no le fue difícil imaginarse comiendo allí. La dotación de cacerolas y sartenes parecía adecuada, pero no pudo evitar arrugar el ceño al observar la maciza encimera y el fregadero amarillento. El fregadero, pese a todo, tenía grifo (lo que indicaba que había agua corriente); y un extraño y diminuto cuarto cerca de la despensa albergaba una estufa de gas que parecía incluso

grande para sus mínimas necesidades culinarias. El barreño para asearse colgado en la pared fue una decepción, pero enseguida pensó con filosofía que no se podía tener todo en esta vida.

Un empinado y estrecho tramo de escalera subía entre esas dos habitaciones. El dormitorio principal estaba invadido de forma algo deprimente por una cama eduardiana de latón y un aguamanil de porcelana junto al que había unos iris marchitos; mientras que en la habitación de atrás, la que daba al río, la atmósfera era moderna y, en su opinión, incluso fascinante. Apartando los visillos amarillentos, volvió a ver al somormujo nadando sin miedo con su pequeño a cuestas. Parecía una buena señal, aunque no sabría decir de qué, y sonrió dándose la vuelta para contemplar de nuevo la habitación. Sí, *fascinante* era la palabra exacta. Apreció las esteras de junco que cubrían el viejo pavimento y los muebles sencillos de roble. El sofá cama parecía casi nuevo. Lo probó y asintió satisfecha por su elasticidad. Al abrir un cajón, encontró sábanas limpias y una colcha compuesta de muchos hexágonos de algodón cosidos, un tipo de trabajo que admiraba particularmente. Fue la colcha la que la empujó a decidirse. Bajó al salón casi convencida de lo que le diría al señor de la inmobiliaria. El lugar le iría de maravilla para el resto del verano, porque era exactamente lo que había esperado encontrar: lo bastante pequeño para poder gestionarlo una sola persona y lo bastante remoto para que las posibles interrupciones se redujeran al mínimo. El escenario, además, era espléndido, la cama cómoda, y el trabajo de jardinería suficiente para ocupar de forma enérgica sus ratos de asueto.

—Me lo quedo —dijo en voz alta, en medio del salón. Un instante después se preguntó por qué había sentido esa necesidad de hacérselo saber a la casa.

Pura fantasía, como es natural, pero la señorita Purdy salió con la sensación de que la casa la vigiló durante todo el camino hacia el coche.

Firmó el contrato en cuanto volvió a Wrexley.

—Me complace que haya decidido quedarse aquí, con nosotros —le dijo el señor Capper con un tono un pelín exagerado, tal vez, aunque quizá siempre se comportaba así en esas ocasiones—. Es una lástima, lo digo siempre, que un rinconcito tan encantador como ese lleve vacío tanto tiempo. Fíjese, se habría podido alquilar a los turistas de paso unas cien veces, pero eso es algo a lo que la propietaria se opone siempre. Nada de alquileres cortos para ella. En fin, tampoco es criticable, ¿no? De entrada, tampoco creo que la gente de la casona esté muy de acuerdo con tener que ver cuerpos en bikini, oír gramófonos a todo volumen o encontrarse cáscaras de naranja en la puerta de casa. Y sí, lo sé, hay turistas y turistas —concedió con generosidad—, pero el problema fundamental es que hasta que no se prueba es imposible saber de verdad qué tipo de persona es la que se interesa por el alquiler. Y como la propietaria tiene la posibilidad económica de esperar hasta que llegue, por ejemplo, *usted*...

La señorita Purdy agradeció el cumplido implícito.

—Entonces, ¿la señora vive en el pueblo?

—Santo cielo, no, y no se acerca siquiera. No tiene intereses aquí, aparte de la casita, la cual para ella no es más que una gota en el océano, por así decirlo. La señora vive en Norwich, en una de esas viejas casas del Close. Una casa preciosa, ¿sabe? Es la viuda del párroco y andará por los ochenta años. Puede estar segura de que no aparecerá por aquí a molestarla.

—¿Y la..., ejem..., la gente de la residencia?

—Una pareja joven muy simpática —dijo el señor Capper con respeto—. En serio. Llevan allí casi un año. Son los Shaw, Nicholas Shaw y esposa. Pero no le quepa duda de que los verá antes o después. Eran muy amigos de... —El hombre se calló de repente.

—¿De quién? —preguntó la señorita Purdy.

—Oh, de alguien que no creo que se vaya a encontrar nunca, señorita —respondió él y se levantó apresurado—. Bueno, si su intención es volver a Londres esta misma noche...

—Sí.

—Entonces no la entretengo. —El señor Capper la acompañó a la puerta y la despidió con una inclinación.

Los dos días siguientes estuvieron ocupados por la preparación del equipaje. Una prima lejana que tenía en la India estaba esperando instalarse en su confortable apartamento de Putney mientras ella estuviera ausente; y como esta prima tenía tendencia a curiosear, al menos según la ponderada opinión de la señorita Purdy, había algunas cartas y tesoros personales que prefería reunir en una pequeña alcoba que quedaría desocupada y que podía cerrarse con llave.

Luego estaba el problema de qué llevarse. Su nuevo abrigo de piel, por ejemplo. Antes de que acabaran los tres meses de alquiler ya sería octubre, y ese mes podía ser muy frío. Sin embargo, un abrigo de castor no parecía la prenda más adecuada para pasear por las callejuelas de Norfolk, todavía muy primitivas. Y además, ¿sería seguro? No pensaba tanto en los ladrones como en lo rápido que se deterioran las prendas cuando se vive en el campo. El barro y la vegetación, para sus ojos acostumbrados a la ciudad, eran más contaminantes que el polvo y las emanaciones petrolíferas, y ese abrigo era tan nuevo y tan bonito que..., en fin, tampoco estaba obligada a ponérselo para ir en barca o en bicicleta, ¿no? Y sin duda se presentarían ocasiones en que podría resultar un agradable confort.

Luego estaban los libros que había que elegir y empaquetar, sobre todo los de consulta. Nadie podía tratar de escribir novelas policiacas sin tener algún manual de jurisprudencia médica cerca, por no hablar de un vocabulario o un diccionario de sinónimos. Miró con nostalgia sus muchos volúmenes de la Enciclopedia Británica; los echaría de menos, pero no tenía más alternativa que dejarlos donde estaban. Su viejo biplaza azul iba a tener que viajar a plena carga, con la máquina de escribir y...

Esto le recordó que debía llevarse una buena cantidad de folios y de papel carbón.

Salió el martes por la mañana temprano, comió en Newmarket y llegó a Norwich después de las tres. Allí tomó una taza de té y visitó algunas tiendas antes de seguir viaje. Era un día cálido, sin nubes, con una débil bruma que envolvía el paisaje. Los caminos estaban polvorientos; las cunetas, llenas de perejil silvestre; los arbustos, asfixiados por el escaramujo y la madreselva. Entre Wrexley y Liddon la campiña se extendió ante sus ojos solitaria, salvo por alguna vaca suelta aquí y allá.

Le vino a la mente que no había viajado nunca por una comarca tan soñolienta. La mayor parte de las comarcas inglesas tenían sus adjetivos de referencia: Surrey la brillante; Kent la florida; Devon la roja; Yorkshire la sincera, etcétera, y siguió un rato divirtiéndose recordando e inventando otros. Pero Norfolk no era nada más que indolente. El aire de aquella tarde de julio daba sueño, las vacas estaban lánguidas y hasta el nombre de Norfolk sonaba en sí mismo soporífero. De repente, sacudió la cabeza sobre el volante y enderezó los hombros con un respingo recordando que estaba allí para trabajar.

Quizá debería haber elegido la alegre Lancashire, pensó, o la laboriosa Buckinghamshire. Esa sensación de pequeña e inocua presunción la divirtió, tanto que todavía sonreía cuando paró el coche delante de la verja blanca.